

Juan Moya Sanabria



PREGON DE LA SEMANA SANTA
DE SEVILLA 1989

**Pregón de la Semana Santa
Sevilla
12 de marzo de 1989
Juan Moya Sanabria**



A mis padres, por el testimonio de sus vidas.

A Concha, por su entrega sin límites.

A mis hijos y, en ellos, hoy también a todas las nuevas generaciones de Sevilla, con fe ilusionada.



ORACIÓN DEL PREGONERO

Pasadas que fueron las horas cálidas que el pregonero vive tras su nombramiento, donde el afecto y la solidaridad que recibe, transfiguran su propia personalidad, llegaron a mi alma los horribles fríos en la oscura noche de la responsabilidad.

La angustia, que es algo más que miedo, algo más que soledad, revoloteaba por los confines de mi existencia, porque perdí tu Rostro, Señor.

Mi vanidad levantó entre nosotros una espesa niebla que me envolvía, haciéndome consciente de mi propia incapacidad.

Acababa de nacer un nuevo día y seguía en penumbra. Fue entonces, como ocurrió ayer y pasará mañana y siempre, cuando al abrir la puerta de mi hogar, llegó para mi alma la luz, portada por las manos de la sensibilidad de un cofrade de Sevilla.

Sin mediar otras palabras me dijo: «Toma pregonero este cirio del palio de mi Señora que ilumina los momentos difíciles de mi familia, pero hemos pensado que ahora tú lo necesitas mucho más que nosotros, porque tu familia es Sevilla entera. Enciéndelo para que tu Pregón acreciente nuestra fe».

Le despedí con un abrazo, que abarcó a toda la Sevilla que sabe y aprecia la grandeza de corazón y me vino a la memoria que al pregonero de mi fe cofrade, le mandaste una legión de ángeles para que lo socorrieran en aquella carta de una monja carmelitana; a mí, siervo tuyo mucho más humilde, me devuelves la luz de tu Rostro, de mano de un cofrade de Sevilla.

Después, como hace veinticinco años, salió un grito desgarrado de mi alma: ¡Qué grande eres Señor! ¡Ahora sí que vamos a hacer entre Tú y yo, el Pregón que está esperando Sevilla!

Entonces, acudí a la capilla Universitaria y me postré delante de la Virgen de la Angustia que estaba más hermosa que nunca en su altar de Triduo de Regla, y, olvidándome del mundo, noté como nunca su presencia.

Perdona, Madre de los Estudiantes, Sede de Sapiencia, mi pecado de soberbia. Una vez más me perdí, engreído en mí propia capacidad, para al final



tener que venir a buscar la divina luz de tu mirada.

Angustia eterna, porque sin comprender que no hay ciencia que abra cielo, si no se sabe creer, pon a los pies de tu Hijo, Cristo de la Buena Muerte, antes de comenzar el Pregón, el acto de contrición más sincero de todas mis faltas, contra el prójimo y conmigo mismo.

*Virgen que tanto venero,
mis miserias te confieso,
mira que me siento preso
sin tu perdón que requiero.*

*Si he de ser tu Pregonero
sin el calor de tus besos,
para qué tantos esfuerzos,
sí será vano mi esmero.*

*¡Angustia, que angustia siento,
escucha Tú mis lamentos
que Sevilla está esperando!*

*¡Qué alegría al contemplar
que sonreía en su altar
y a mí me estaba mirando!*



Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo.
Excmo. Sr. Alcalde.
Excmo. y Magnífico Sr. Rector de la Universidad.
Excmas. e Ilmas. Autoridades.
Ilmo. Sr. Presidente y Junta Superior del Consejo
General de Hermandades y Cofradías.
Sevillanos de sentimientos.
Señoras y Señores.

El alto honor que para un sevillano representa ser nombrado Pregonero de nuestra Semana Santa, no puede ser motivo para que, desde un razonable sentido de la responsabilidad, desde la más mínima reflexión interior, pudiera perder exacta visión de mi auténtica capacidad y dimensión, tanto humana como cristiana.

Por ello, si tras agradecer con todo mi sentimiento cofrade y sevillano al Excmo. Sr. Alcalde la aceptación de la propuesta de mi designación y haberla hecho efectiva, al Ilmo. Sr. Presidente, y en su persona a todos y cada uno de los miembros del Consejo General de Hermandades y Cofradías que integran la Junta de Sección de Penitencia por la elección que hicieron recaer sobre mi persona y a todos los que componen el Plenario de la Junta Superior porque al conocerla la hicieron suya, me hubiera aislado, me hubiera marchado lejos de Sevilla, jamás, ni en estos momentos, hubiera podido sentirme Pregonero.

Pero creció en mi interior una amalgama de valentía ante el difícilísimo reto, como queriendo plantarle cara, y de necesidad por salir a buscar el contenido del Pregón en las calles de nuestra Ciudad y en los corazones de los sevillanos, que me impidió siempre marcharme fuera del entorno que tenía que pregonar.

Yo, Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo, en el deber de ser merecedor de su confianza, procuraba impregnarme de mi responsabilidad, de mi orgullo de poder pertenecer, de sentirme miembro de la Iglesia. Pero os confieso que ha sido merced a ese encuentro que he tenido a diario con los auténticos sentimientos que hacen única nuestra tierra, por lo que no sólo pude dar vida a este Pregón, sino que llegué a creerme Pregonero, para así poder corresponder a las muestras de afecto que continuamente recibía y en el convencimiento que me transmitían de que podía ser un instrumento que acrecentara su fe.

Por si faltaba alguna prueba más de apoyo, la presentación que os ha



hecho de mi persona el Ilmo. Señor Teniente de Alcalde, Don Manuel Fernández Floranes, creo que ha emanado de su gran corazón y se ha escrito con la tinta de la pureza de espíritu que corre por sus venas, capaz de dibujar una amistad eterna con sólo estar dos ratos en su presencia.

Por ello, desde la distinción que entonces percibí como si toda la Sevilla con su corazón grande la otorgara, y desde lo más profundo de mi alma. brotó la urgencia de extender mi inmensa gratitud a todo aquél que me sonrió al cruzarme con él en la calle, que me paró para mostrarme su adhesión, que se molestó en escribirme para felicitarme o darme esos ánimos que se necesitan cuando puede llegar la soledad; a todo aquél que hizo patente su amistad sopoltando mis estados de nervios y sobre todo aquél que con encomiable espíritu cristiano me tuvo presente en sus oraciones.

En definitiva, la actitud de vosotros, solidaria con mi esfuerzo y con el de toda mi familia por llevar a buen puerto esta nave, es lo que ha hecho posible que yo pueda ser el orador del Pregón, que verdaderamente habéis escrito todos y cada uno de vosotros con vuestros sentimientos y con vuestros rezos.



SEVILLA, ROSTRO DE DIOS

CANTO DE AMOR

Se me sale el corazón por la boca, al pronunciar tu nombre: Sevilla.
Raíz de mis sentimientos, perfume de mi vida, novia eterna de mis mejores deseos; eres algo más, mucho más que mi cuna de nacimiento.

Eres primavera gentil y hechicera para mis días de invierno y aurora bañada de fresco rocío para mis noches sin sueños.

Capricho del Dios-Creador que reflejó en ti toda la belleza de su Rostro Maternal. De su jardín del universo, eres el arriate preferido, donde plantó el clavel de la alegría del alma en expectativa y la rosa de la auténtica misericordia, para que fueras lugar de encuentro de la humanidad con el Amor.

Es tanto lo que te quiero que hasta enmudeces mi boca y no encuentro palabras para cantar todo lo que por ti siento.

Por eso ven a mis labios con tu gracia y tu donaire, vestida de Giralda con sus campanas tiradas al viento y tráeme el compás de bambalinas, besando los varales, para poderte decir, que,

*Cincelada de primores,
eres pura fantasía.
La bella flor de las flores,
la cuna de la armonía,
el amor de mis amores
Sevilla del alma mía.*



SEVILLANIA DE UNA MAÑANA

Y en estos momentos el Pregonero no puede dejar de hacer un ruego a todo aquél que ame y sirva a esta tierra.

Sevilla se ha convertido, una vez más, en expectativa del mundo a las puertas del siglo XXI y se prepara para recibirlo, como niña que va de boda.

Hoy la Ciudad requiere nuestro esfuerzo solidario para un evento que repercutirá en la Sevilla de nuestros hijos. Y para ello, no podemos quedarnos anclados en los mares de su historia, ni hacer un canto de añoranza a la Sevilla que se nos fue, de mano de personajes entrañables, de monumentos singulares que se perdieron para siempre, o de artistas que la plasmaron en obras irrepetibles.

Sí, debemos luchar para que en nuestro interior perviva la auténtica actitud de sevillanía que moriría en un cercano mañana si no le mostramos a nuestros hijos la belleza de nuestra Ciudad, si no aprenden a amarla, con los defectos y virtudes que como todo ser encierra.

Llevemos a nuestros hijos al Patio Banderas o al Patio de los Naranjos para que llegue a sus corazones el aire perfumado de azahar y, levantando sus ojos al cielo, contemplen su Giralda, emblema de la Ciudad, esbelta sultana, convertida en cristiana por la fe de su pueblo. Paseadlos, con pisadas lentas y majestuosas, de paseílo en amarillo albero, por las calles que configuran la Ciudad, por los parques que la adornan, como moña de jazmín al pelo de mujer, mientras a sus oídos llega la música placentera de sus fuentes, o la que entona al alba una espadaña conventual. Piensa que el sevillanismo no se aprende en ninguna escuela, sino que se transmite de generación en generación, para que tenga la garra y el pellizco de los brazos de una niña, que apenas sabe andar, cuando se mueven acompasados y airosos, al son del cante de su madre.

Debemos estar abiertos y apostando por su cercano y esperanzado futuro, pero al mismo tiempo ser exigentes para que sea respetada su propia fisonomía e idiosincrasia y no la embadurnen de sofisticados e inútiles maquillajes, que transfiguren su personalidad. Traduciéndolo a nuestra forma de decir: Para mostrar su belleza, ella se lava su cara con la agüita de su río, al despuntar la mañana, y se la secan sus cielos, para después perfumarse con la gracia de Triana.



EL RESPLANDOR DE LO DIVINO

Sevilla, expresión singular de arte, adornada con la gracia y sensibilidad de sus gentes, constituye para el mundo la proporción exacta de la belleza.

La belleza de Sevilla está conformada por algo más importante que monumentos inconfundibles, misterio de calles estrechas y encanto de jardines en sus paredes. Es ese hilo de vida del sevillano en la desesperación; es esa risa, signo de corazón limpio; es esa mirada vacía de odios y envidias; es ese temple que rompe la violenta embestida del toro de la vida.

Es, en definitiva, el corazón y el alma del sevillano lo que singulariza la belleza de su Ciudad.

Quien quiera comprender nuestras Hermandades y Cofradías, deberá de contemplarlas obligatoriamente en el marco de Sevilla y de su gente, porque encierran la conjunción plástica y espiritual de todos los colores de esta tierra, atesorándola en el concepto más estricto de la pureza.

Las Hermandades y Cofradías, como Sevilla, permanecen siempre, para crispación de muchos y atracción de otros tantos, entre luces y sombras, entre el amor y el desamor, entre la pobreza y grandeza del hombre. Sin embargo, te otorgarán siempre el aliento de lo divino, cuando las analizas en profundidad.

Sevilla y sus Cofradías conforman un binomio inseparable por el que se puede descubrir el Rostro de Dios. En cada esquina de la Ciudad, en una convocatoria de culto, en un azulejo; en la estampa del Cristo o la Virgen de una devoción, no por olvidada menos sentida, presidiendo los hogares; en ese baile de seises que todo sevillano lleva en su alma; en el perfume que dejan las hijas de Madre Angelita, caminando por nuestras calles en busca del necesitado.

Yo os invito ahora mismo a pasear por Sevilla y descubrir cómo las Hermandades y Cofradías, a través de los siglos, han conseguido que el Rostro de Dios se haga presente y pueda ser contemplado con los ojos del alma.

En las murallas de la Alcazaba, está cincelada la Misericordia de Cristo por el hombre, aunque ese hombre se vuelva inmediatamente a perder por las embaucadoras callejas del barrio de Santa Cruz. Al final tendrá que desembocar a los jardines de Murillo, donde recibirá un hálito perfumado de Salud para su alma alumbrada por Candelaria purificadora, y comprenderá en el Parque de



María Luisa que la auténtica luz no es la que atraviesa calurosa la espesa arboleda que crece delante de nuestros ojos, queriendo impedir que resplandezca la verdad de esa cruz que, amorosamente abrazada, nos dará la Victoria para la eternidad y con ella la Paz espiritual.

Vayamos al Postigo del Aceite, Puerta del Arenal, donde la Giralda marca con sus campanas cada hora de un vivir acompasado, camino de ese barrio que es, pero no es Sevilla, porque se llama Triana.

*Triana y el Arenal qué señorío
son primas de mi Sevilla,
novias del río.*

Antes de cruzar el Postigo, permitid que el pregonero vuelva sus ojos hacia esa Capillita, Dogma Concepcionista en la misma calle, y, como siempre, le diga a la Virgen Inmaculada: Bendita sea tu pureza y eternamente lo sea, que sólo Dios se recrea, en tan graciosa belleza.

Después detengámonos bajo el techo del arco para recordar que de allá del Guadalquivir, donde empieza el Aljarafe, cuna de nuestro sol, vendrá una Virgen Blanca de Pureza para dejarnos la Salud que nace del inmenso amor al Soberano Poder, y que tan mal le pagamos cuando con nuestras actitudes sufre Dolores misericordiosos, al ver cómo despojamos a su Hijo de sus Vestiduras.

Allí mismo la Piedad de la Virgen Madre, contemplarán tus pupilas, mientras se clava en tus entrañas, y tendrás un bello sueño, donde tus manos subirán al cielo, le acariciarás la cara y el cielo bajará a tus manos y Caridad te manda.

Porque:

*Tú tienes baratillero
dos rosas con tanta pena,
que no sé a cuál más quiero,
-Tu caridad que me llena-
o la Piedad que yo espero.*

Sí, piedad y caridad son sentimiento y virtud que todo hombre busca y necesita, porque en el mundo reina la injusticia, la explotación de muchos en beneficio de pocos.

Allí en el Postigo del Aceite, todos los días el sevillano puede revivir la



imagen plástica de ese Viernes Santo, cuando todo hace parecer que Cristo no podrá cruzarlo, que el Espíritu de Dios no podrá reinar en el mundo. Entonces Sevilla se aprieta el costal y en la trabajadera de su fe, aguarda la voz de su capataz Supremo que le mande: ¡Cuerpo a tierra!, y llenándose de los bríos necesarios, a pulso lento de almas de fe, eleva ante los incrédulos la atrayente imagen de Cristo que predicamos.

De ese Cristo que, en chicotadas muy lentas, venciendo todas nuestras incapacidades, cruzará siempre la angostura del Postigo del mundo y lo llevará hasta el puente de nuestra segura Salvación.

Allí, Señor, entre las dos orillas, entre la tierra y la gloria, ya no eres de Sevilla ni de Triana. Eres del pueblo de Dios.

En tu cuerpo que parece emprender el vuelo de Amor, en tu rostro desencajado por el sufrimiento, en tus ojos nublados que buscan para nosotros el cielo eterno, está cercana la muerte en el Gólgota, donde Expiraste las negras horas de las noches de tu pueblo.

Y aunque el mundo se empeñe cada día en quemar tu imagen, no habrá fuego capaz de consumirla. Tú no puedes volver a morir y mucho menos en el puente, entre Sevilla y Triana.

Por eso, el sevillano, cuando le llega la hora de su muerte, busca tu imagen en el puente y clama:

Ven Señor, Cachorro mío, redime con tu Expiración mis pecados. Dame tu sueño eterno de amor, y despierta mi alma en los cielos, porque un día la despertaste en el puente.



EL DIALOGO DE LA FE

Sevilla y sus Cofradías han ido creciendo y madurando a la luz y a la sombra del progreso con su fe siempre de cara a su historia, sin dejarse deslumbrar por el colorido de lo real o del futuro.

Por eso, cuando en el mundo parece haberse interrumpido el diálogo del hombre con Dios, Sevilla sigue hablando con El directamente o a través de su bendita Madre, no sólo en el centro de la Ciudad, o en las viejas collaciones sino también en aquellos barrios periféricos que por las estructuras de sus calles y de sus casas, bien pudieran confundirse con los de cualquier otra ciudad.

¡Sube hasta el calor de esos nuevos hogares, y podrás contemplar que Dios, también allí, se hace presente, cuando una madre al planchar con celestial ternura la túnica nazarena de su hijo, la rocía con sus lágrimas porque la belleza, gracia y tradición de Sevilla, inundan su vida!

El sevillano, el que conoce, siente y hace suya la verdadera Sevilla, no padecerá, como en otros ambientes, el moderno problema de increencia. Tendrá momentos de silencio de Dios, pero ellos se pueden definir como reflejos de la paciencia dados en los días de infidelidad.

Ya sea verano, otoño, invierno, esté o no el naranjo en flor, siempre encontrará en Sevilla, a toda Sevilla, en eterna primavera, en la alegría de la Aurora de la Resurrección y oirá el cantar del incensario que eleva hasta el cielo los humos de nuestras creencias, consumiendo el carbón de nuestras miserias humanas.

El mensaje de las Cofradías, tiene tal capacidad de atracción que llega hasta los lugares más lejanos y recónditos porque también allí la causa de Dios es la causa del hombre.

De ese hombre abrumado, al que la sociedad consumista le ha impuesto tantas necesidades que sólo consigue olvidarlas cuando en Carretería contempla las de Cristo que le regala la única necesidad, la de la vida eterna; entonces sus tribulaciones desaparecerán, prendidas por la elegancia hecha ternura en el Mayor Dolor de la Virgen, de mirada melancólica por causa de su Soledad.

De ese mortal que ya no encuentra respuestas a tantas falsas promesas y que en San Vicente escucha las Siete Palabras del que se hizo siervo para hacer



realidad la única Promesa: «En verdad, en verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso».

De ese ser humano, al que, desde que nace, cargan de falsas alforjas, sin ningún contenido verdadero y, en San Esteban, clava sus ojos en esa Madre que lucha valiente para salir reluciente de la ojival puerta, al encuentro de sus hijos que, desamparados, no encuentran auxilio para el Buen Viaje a la Buena Muerte.

De ese hombre al que un día en el Tiro de Línea los redobles de tambores y cornetas, le acallaron para siempre los cantos de placenteras voces de ataduras terrenales y le anunciaron la gran libertad del hombre.

Todo el barrio irá tras Él. Da igual que vista o no la túnica nazarena; da igual que la estación no sea completa porque el corazón se le ha roto de tanto querer a su Hermandad y a su barrio; da igual que ya por la edad tenga que descansar para poder entonar un canto de salve a la que encarnó en Belén el símbolo de la auténtica libertad del hombre. Por eso, Señor, aunque Tú estás Cautivo por nuestros pecados, libre se siente tu barrio por las Mercedes de tus ataduras.

De ese hombre que ha crecido en un barrio acomodado, donde el progreso de la Ciudad se hace cada día más patente y que sin embargo está desengañado de aguas contaminadas por falsos dioses; allí, en Nervión, tuvo que nacer una Cofradía para que trajera la Consolación de unos ojos claros como guía hasta el único pozo de aguas cristalinas que pueden colmar la Sed de felicidad eterna.

Como también tuvo que nacer una Cofradía en el Cerro del Águila para testimoniarnos, cómo, allí a lo lejos, donde creemos que Sevilla ya no es Sevilla, salieron al encuentro de tantos hermanos de aquel barrio que crecían en el abandono y en el desamparo de nuestras vivas tradiciones. Cuántos de ellos han encontrado respuestas a sus aflicciones en el rostro de Dolores de su Virgen, que ha pasado de titular de la Cofradía a Patrona del barrio.

Cofrades de la Fervorosa Hermandad Sacramental y Cofradía de Nazarenos del Stmo. Cristo del Desamparo y Abandono y María Santísima de los Dolores, permitid a este pregonero, convertirse en circunstancial costalero de vuestra primera y larga chicotada de fe, para decirle a Sevilla cuando levante el faldón de vuestras creencias: Llama cuando quieras, que aquí esta tu Cerro.



EL SILENCIO DE ADORACION

Quiero proclamar que Sevilla no callará su voz mientras contempla a los Pilatos de este mundo que presentan a Cristo como «ECCE HOMO» porque no saben lo que hacer con su causa, destructora de una falsa escala de valores.

Seremos testigos de que la Encarnación ha dado sus frutos y esa Virgen niña, que tiene en su rostro un puchero de llanto, no romperá a llorar, porque en su Dolor, recibe el consuelo de ver la adoración silenciosa de los cofrades de San Benito a su Hijo. La semilla que sembrara y regara Manolo Ponce ha dado sus frutos y ya pueden venir todos los Pilatos que quieran que en la Calzada Tú no serás nunca ECCE HOMO, sino el Rey de Reyes.

Hasta los célebres silencios de Sevilla ante lo misterioso, ante el embrujo de lo que roza en la perfección, no son sino reflejos de los que guarda cuando, como el salmista, le pide a Dios que sólo abra sus labios para proclamar su alabanza.

Ese Silencio de adoración en nada se parece al de los escalofríos intimistas y espirituales ante los peligros de la fe. Mirar si no cómo en calle Castelar, con Cristo Muerto en el Calvario, cuando parece que ya nunca amanecerá, sigue arrastrando los pies por los suelos de la realidad, procurando, con rudeza de esparto, que no exista silencio de muerte, en la seguridad de que en calle Zaragoza vendrá la luz, porque su Madre no nos presentó a su Hijo como símbolo de muerte, sino de Vida Eterna.

Somos conscientes de que este fervor no tendría sentido si después no hubiera compromiso con nuestro campo apostólico. Por eso la Sevilla cofrade vive de cara a la realidad, participando activamente en la problemática humana y espiritual del hombre de hoy.

Por eso el silencio de Sevilla ante Dios no produce escándalo, sino que levanta la admiración en las almas que nos contemplan queriendo de verdad conocernos. Nunca se verá como un signo de contradicción, ni tan siquiera como una paradoja, que un seráfico hermano, viviendo una espiritualidad cristocéntrica, en medio de las tristezas que conlleva nuestro existir, mantenga erguido el signo de la Verdadera Cruz y te arrastre, con su silencio testimonial, a coger también la cruz y seguirlo.



Silencio de adoración ante la Palabra, para que ésta se siga escuchando porque Dios no ha muerto y sigue abrazando amorosamente la Cruz de nuestros pecados, para que el mundo purifique su corazón y sus labios y se acoja al fruto de Su Salvación, corno pequeñuelo al que se revela.

Silencio, sólo Silencio, ante el Verbo hecho carne en el seno de la Concebida sin mancha.

Quizás por eso y no sólo por su antigüedad e historia, el sevillano llama a la Cofradía de San Antonio Abad, la Madre y Maestra, y ante ella guarda su más profundo Silencio.

*Porque no cargas mi cruz,
sino la estás abrazando,
que no me pidan que hable,
cuando Tú me estás hablando.*

*Tú nunca guardas Silencio,
aunque Silencio te llamo,
porque Silencio yo guardo
para vivirte adorando.*



TU, NUESTRO GRAN PODER

Nuestras instituciones nunca han sido ajenas al proceso evolutivo de la sociedad y han pervivido dando respuesta a las acuciantes interrogantes del hombre. Ello quita la razón a los que pretenden encuadrarnos en un fenómeno sociocultural desfasado y por tanto ajeno a la presente realidad, a la secularización galopante, al pluralismo en el campo filosófico, social y científico.

Por eso, ahora que los estudiosos se empeñan en hablar de una época poscristiana en la que toda orientación hacia el más allá es pura especulación, está claro que la responsabilidad y el compromiso del cofrade ante el futuro es fundamental para que la fe siga iluminando los hogares de nuestra Ciudad.

Somos corresponsables de crear un nuevo mundo donde se haga presente la civilización del amor, donde sean respetados los derechos humanos en su totalidad y por ello también en su dimensión religiosa, tantas veces deformada o ridiculizada.

Hemos de mantener el carácter profético de nuestro Bautismo y lanzar al mundo el mensaje de la Buena Noticia, aportando nuestra viva tradición cofrade de esperanza y solidaridad a la sociedad que quiere planificarlo todo.

Pensemos que las dificultades que se nos presentan, deben de constituir un estímulo, porque son de un signo de la Cruz.

Si así actuamos, conseguiremos que Sevilla siga siendo considerada como vivo reflejo del Poder de Dios.

No tiene sentido convertirnos hoy en piadoso José de Arimatea, que desciende de la Cruz a un Cristo Muerto, porque los toques leves de campana que anuncian la Sagrada Mortaja, son de respeto, no de muerte; porque la belleza de Sevilla, reflejada en el rostro de Santa Malta, cuando las Penas de la Madre son inhumanas, no está al servicio del entierro de nuestro signo de fe.

Ese Cristo Muerto que esa Madre de los Dolores lleva en sus brazos, en la plaza de Santa Isabel, tiene que ser siempre un canto de cercana resurrección y de fe en su Providencia.

Pensad que, si no la Quinta Angustia de la Virgen seguiría existiendo, porque del árbol de la Cruz descendería un hombre muerto.



Tú, Señor, eres el Cristo humanado pero no estás muerto. Vas dormido en el bello sueño de Amor Supremo hacia tus hijos. Y Sevilla, Te sostiene, como verdadero varón de virtudes, mientras te lleva, balanceándose Tu cuerpo, para que produzca aroma de Salvación Eterna; y así ya nuestras almas, no serán sábanas donde te muevas, Cristo, descendiendo de la cruz, desplomado o muerto, sino despierto, Señor muy despierto, eternamente despierto.

Así encarnado en nuestros corazones, exigirnos continua Epifanía, adoración de los reyes de este mundo a tu Gran Poder. Sevilla será un perenne viernes, contemplando tu Cruz como la fuente de nuestra vida. Así te vive cuando la alegría llega a nuestro corazón y cuando el dolor cimbrera nuestros sentimientos, colocándote continuas velas de promesas de un mundo mejor, donde tu imagen con la Cruz cargado, sea el Gran Poder que nos libere.

*No puede ser tu rostro maltratado,
ni tus ojos, ni tu boca sin lamento.
Ni tan siquiera tu pie adelantado
soportando inerte el sufrimiento.*

*Ni es tu túnica. movida al viento,
haciéndote camina, lo que nos lleva,
al fondo del alma nuevo aliento
que nos colma de ilusiones nuevas.*

*Es verte siempre con la cruz cargado,
lo que da luz a las noches de pecado,
avivando la hoguera de la fe.*

*Y Sevilla. como náufrago salvado,
clamará, agolpándose a tu lado:
¡Señor, Señor; eres Tú mi GRAN PODER!*



LAS COFRADIAS - FAZ DE LA IGLESIA

CULTO EN ESPIRITU Y CARIDAD

Es posible que en estos instantes, justo en estos instantes haya terminado la larga espera y la novena luna venturosa esté reinando con todo su esplendor en los ojos de una mujer sevillana que contempla gozosa el fruto de su vientre, mientras la medalla de su Hermandad, que pronto será la de su hijo, cuelga de la cama.

Seguro que en estos momentos acaba de nacer para la vida un nuevo cofrade y cuando hayan cesado los dolores que la mujer heredara como consecuencia del pecado original, el agua bautismal caerá sobre su cabeza, en su frente pondrán la cruz de Cristo y su alma quedará limpia para integrarse a la Iglesia.

Ese niño, como cualquiera de nosotros en su continuo nacimiento a la auténtica vida, será llamado al banquete de la Última Cena, el día de Comunión de su Hermandad, y será rescatado del Subterráneo del secularismo.

Tendrá la oportunidad de hacer pública protesta de fe, el día de la Función Principal de Instituto, junto a su padre, su abuelo y su hijo, tradición de generaciones unidas; recordará que Cristo no puede ser abandonado en el Huerto de los Olivos, que dándose dormido en los momentos que Él más lo puede necesitar. No podrá olvidar esos rezos en familia o de su madre en la soledad de su cuarto; escuchará siempre el tintineo de los Rosarios en calle Feria y asumirá sus misterios dolorosos.

Recibirá el fresco Rocío de la Redención, si tiene presente que también hoy, aprovechando la oscuridad de Botero, Jesús sigue siendo entregado con besos traidores.

No perderá de vista la Única Regla de vida, Panadera bonita para las ansias del Espíritu, y, por treinta monedas que no merecen un inmediato suicidio de su fe, no se convertirá en nuevo Judas que colabora al continuo Prendimiento de Cristo.

De todas formas si no se profundiza en la fe, el perfume del mundo puede embriagarlo hasta que, de forma inconsciente, sirva de sayón que exalta burlescamente a Cristo a la Cruz como Rey de los Judíos. Entonces caerán sobre



su conciencia las Lágrimas más amargas.

Por todo ello, Cofrades que me escucháis, os exhorto a acrecentar nuestro espíritu eclesial. No podemos quedarnos en un intimismo de la conciencia, en la autocontemplación estática y estética, que nos conduciría a la incapacidad en la necesaria misión apostólica.

Mirad que es todo un símbolo que se haya abierto el numerus clausus de los cofrades que asumen que la majestuosidad del Sto. Entierro de Cristo está al servicio de que los frutos de la Resurrección sean gozados por toda la humanidad.

No obstante, quisiera dejar patente que resulta extraño que la bandera de la acción social, de las urgencias apostólicas, se levante acusadora contra las Cofradías. Esa insignia que algunos parecen haber instaurado, llevan las Cofradías enarbolándola, no hace años, sino siglos y ahora más que nunca, aunque sin renunciar al fin por el que son erigidas nuestras asociaciones por la autoridad eclesiástica.

Parecen desconocer o querer olvidar, y sirva esto a título de ejemplo clarificador que no de análisis profundo, que ya en el siglo XIV, nace en Sevilla la Cofradía de los Negritos para que la Señora de los Ángeles del cielo cubriera con su manto la injusticia social de la discriminación. Que en 1966 se bendicen las Escuelas de Iniciación Profesional, y bajo la retama que plantara una Cofradía, muchos niños encontraron el amparo de una formación, crecieron al calor también de ese manto, que más parece un trozo de nuestro cielo, deesa Virgen de la Hiniesta; hoy quisiera decirles a los hermanos de esa Hermandad que siempre encontrarán costaleros y capataces para poder volver a levantar a pulso el paso de aquella realidad. Que en 1982 abre sus puertas el Centro de Estimulación Precoz para acoger a los que quizás no tengan plenitud en su mente, pero sí en su alma para comprender que sólo Cristo ciará el Buen Fin a sus vidas disminuidas.

Cuántas acciones para atender necesidades concretas; cuantas Bolsas de Caridad, como la de la Soledad, son sobres cerrados y anónimos que nadie contabiliza, pero que sin duda es la más bella flor que esa Cofradía coloca en el paso de la Señora de San Lorenzo.

En ese espíritu han pervivido las Cofradías, luchando contra las marginaciones sociales, hasta hacer comprender que Tú no eres «Manué» sino nuestro Padre Jesús de la Salud para el camino errante de todas las razas.

Casi un año celebrando reuniones y actos catequéticos para que el Templo Metropolitano se abriera a un Solemne Triduo, Pontifical de Coronación y Procesión desbordante de fervores. Pero los actos de la coronación de la Virgen no terminaron basta que, hace breves fechas, la Junta de Gobierno de esa



querida Hermandad no le entregó a nuestro Sr. Arzobispo los frutos de esa coronación para poder atender obras asistenciales. Codo a codo parroquia y cofradía. Cultos externos y acción social. Hermandad y Cofradía. Corona de oro convertida en corona de Caridad.

Con razón «el Balilla», el llamarlo «el Penitente», con la sapiencia natural de la gente humilde de esta tierra, en las trabajaderas de esa Soberana de cachetes de rosa, de Angustias payas y gitanas, fue un adelantado al gritar: ¡Al cielo con Ella!



FE Y CULTURA

Las Cofradías han utilizado un lenguaje que el hombre asimila, conectando fácilmente con sus sentimientos, con sus necesidades, con las duras circunstancias de su vida, con la profundidad de sus graves problemas sociales.

Hasta tal punto han creado un nexo de unión entre el mensaje de Amor de Cristo y la problemática humana de sus hijos de esta tierra, que pertenecen, por justo derecho, a la cultura de Sevilla. De esa cultura definida "como complejo conjunto que incluye conocimientos, creencias, arte, moral, costumbres y cualesquiera otras actitudes y hábitos adquiridos por el hombre en cuanto a miembro de una sociedad"¹.

Pero ello no implica que nuestras asociaciones eclesiales, se puedan reducir a una calificación de fenómeno meramente cultural y sociológico.

No renunciamos a esos matices en cuanto definen la cercanía con el hombre. Más nuestra dimensión, impuesta por nuestros fines fundacionales, tiene un más allá.

Como dice Juan Pablo II, «Una fe que no se hace cultura, es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada, no fielmente vivida».

Conscientes de ello y de que sin el hombre no hay cultura y sin la cultura no hay hombre. porque se precipita hacia posiciones que pueden ser fatales para la civilización, las Cofradías han buscado la síntesis con la cultura como exigencia de la fe.

Así el cofrade, seglar, miembro de la Iglesia, tiene, hoy más que nunca, que hacerse presente, sin complejos ni temores, en el mundo de la cultura.

No rechazo la denominada fe del carbonero de la que tanto se puede aprender, hoy que la fe se está teorizando en demasía. Cuántas Tribunas Teológicas, casi frutos de laboratorio, están exentas de los sentimientos y vivencias de esa fe popular.

Pero sí es necesario que la fe de este pueblo, sea cada vez más madura, consciente y responsable, superando, como hace esa Hermandad del Salvador,

¹ Tylor



la infantil imagen de un Cristo triunfante, montado en su borriquita, pero rodeado de seres que no tienen asimilada su auténtica imagen, su verdadero mensaje. Es una pena que muchos se queden atrás y no lleguen nunca a integrar las filas de los que han ido creciendo, a una formación integral, aceptando el supremo reino del Amor.

Por ello la ausencia del Mensaje Evangélico en el mundo universitario, constituye un daño gravísimo para el destino de la fe cristiana ante la nueva era.

Una Universidad que quiera vivir de espaldas al hombre en su trascendencia, no podrá conseguir su auténtico fin: el conocimiento de la verdad en su completa medida. No prestaría su verdadero servicio a la sociedad porque la formación del hombre carecería de su aspecto fundamental, causando con ello un grave perjuicio al desarrollo pleno de su personalidad.

El alejamiento de la fe del mundo de la cultura, pisotea la palabra de Dios en los suelos de una cómoda increencia y tenemos que levantarla para que resplandezca en la hora de la angustia del hombre, cada día más alienado.

Nuestro estímulo es que «ninguna ciencia es capaz de decir en qué consiste la dignidad de del hombre; ni de decir qué significa el amor, la fidelidad. la ruindad, la alevosía, el odio o el desprecio. Y algo altamente significativo, las ciencias pueden medir estadísticamente el nivel de vida, pero son incapaces de precisar lo referente a una manera razonable de vivir, la dicha del hombre»².

Hoy Señor y como siempre, en tu presencia, no me sale la voz del cuerpo y mucho menos hablarte en poesía, con lo fácil que es rimar, tu bello sueño, tu singular dulzura, tu eterna Buena Muerte.

Tú, Rector Magnífico de la Universidad de la fe, desde la Cátedra Suprema del Amor, me has impartido las lecciones de la más importante asignatura.

Cuánto le temo al examen final, no tanto de la teoría como de la práctica, que me otorgaría el diploma de Tu licenciatura.

Créeme que pasé de la fácil lección del monaguillo, a la de la dura cruz del nazareno y realicé como pude los trabajos de colaboración.

Pero ahora que llegué al definitivo temario de la responsabilidad del dirigente, por más que me esfuerzo, hay veces que no consigo comprenderla. No admito ni comparto la tesis de que cultura y fe no conformen un único derecho humano.

De nada serviría la doctrina de la Salvación que escribiste con tu Buena Muerte, si en grandioso edificio, se imparte sólo cultura y en la humildad de tu

² H. Standinger



capilla sólo fe.

Estoy empeñado en demostrar que para la formación integral del hombre, para la motivación de una verdadera ilusión de vivir, es imprescindible que en su espíritu reine la imagen plástica de un Martes Santo, cuando la cultura y la fe se imparten en el mismo edificio para asimilación de muchos y admiración de incrédulos.

Tengo que seguir luchando por conseguir que mi teoría se virtualice en la práctica. En nada me consuela, tener la seguridad de que me condonarías ese tema por su dificultad en el examen de un inmediato Junio. Deseo mejor llegar a la última convocatoria de mi Septiembre y presentarme no sólo con toda la dimensión de tu asignatura perfectamente aprendida, sino con muchos trabajos realizados para que me puedas dar, no un sobresaliente, ni tan siquiera un mero aprobado, sino el premio de oírte decir: Se sabe usted la lección de mi Buena Muerte.



LA HORA DEL LAICADO

Las Hermandades y Cofradías venimos, desde siglos, intentando avivar las raíces de nuestra vida cristiana, fortaleciendo de manera efectiva la comunión eclesial, promoviendo un laicado participante y apostólico. Hoy estamos procurando hacer efectiva la doctrina del Concilio Vaticano II.

Por todo ello resulta desconsolador que, por tratarse de asociaciones eclesiales donde los seglares tienen un verdadero protagonismo, se pretenda una clericalización o una exclusión en la misión de la Iglesia, sin respetar nuestra vocación, nuestra igualdad y corresponsabilidad en la necesaria reevangelización ante el Tercer Milenario y que por ello la voz de los laicos ha de ser necesariamente escuchada.

Cuando lleguen esos momentos de desencanto, tengamos cerca la imagen de Cristo en el Calvario sufriendo la Lanzada de Longino para que, al ver salir agua y sangre, testimoniara su divinidad. Por qué nosotros no vamos a padecerla para que se reconozca que de verdad somos Iglesia, aunque nos la lancen desde la cómoda posición de la falda del monte, sin subir a conocer nuestros diarios calvarios para ser una realidad eclesial.

Seamos exigentes con nuestros pastores cuando normas y decisiones afecten a nuestra capacidad o coarten la libertad de nuestras instituciones. Tengamos presente que la voz respetuosa y responsable, no es contradictoria con la obediencia y el verdadero respeto.

Acojamos las directrices pastorales como la última y reciente carta de los Obispos del Sur, aunque nos contemplan en una generalidad y por ello no sea fiel reflejo de situaciones y circunstancias concretas, y aunque destinada a todos los miembros de la Iglesia, parece que sólo deben de asimilarla los cofrades.

Reclamemos la efectiva Dirección Espiritual en el seno de nuestras Hermandades que, con su buen hacer pastoral, potencie un laicado comprometido en la tarea de una nueva evangelización.

En un mundo cada vez más secularizado, la aceptación de la pluralidad de los medios apostólicos para hacer llegar el mensaje salvador de Cristo, es hoy una urgente necesidad en el seno de la Iglesia.

La Iglesia misionera exige que, ni un solo día, dejemos en el baúl de los



recuerdos, nuestra túnica nazarena para que, como en Semana Santa, ocultando el rostro de nuestras vanidades, pongamos nuestras ilusiones en que brille el de Cristo y su bendita Madre.

Si no, mucho me temo que la belleza de nuestros bordados, la riqueza de nuestras candelерías, podrían ser consideradas superfluas, al no estar al servicio exclusivo de proclamar la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo.

Los nuevos Cristos quedarían como en San Vicente, clavados en el suelo, clamando con su mirada la llegada del cirineo que no aparece, pese a los Dolores supremos de la Madre.

Tengamos presente la auténtica actitud cofrade de los hermanos de San Isidoro, que, aunque las estructuras de la Iglesia parezcan derrumbarse, se convierten en portentoso Cirineo, para seguir cumpliendo fielmente los fines de la Hermandad y de esa forma conseguir que Cristo pueda elevarse sobre los mundanos suelos.

Los cofrades de Sevilla tenemos siempre en la mano nuestra papeleta de sitio en la Iglesia; vestidos o no con la túnica nazarena, que lo importante no es la edad o el sexo, sino conocer y aceptar nuestra misión en la Cofradía; con el costal ajustado para hacer subir la dura rampa a la Pasión de Cristo hasta que el mundo que lo contempla lo vea como Divino Salvador ...

*Cual nave que en su quilla al sentir
los vientos y las olas con furor
toma el rumbo al puerto salvador
anhelando del faro su lucir.*

*Así del mar humano al presentir
mi alma, el rudo oleaje bramador,
en Ti, Pasión, busca el calor
de tu puerto de amor para vivir.*

*La bienhechora paz tiene su asiento
en tu Rostro que esparce la fragancia
del edén donde reina el sentimiento.*

*Señor de la Pasión danos la gracia
de que tu cruz esté en el pensamiento
mientras dure la terrena estancia.*



MARIA, REFLEJO DEL ROSTRO MATERNO DE DIOS

MODELO Y ORGULLO DE NUESTRO PUEBLO

Las gentes de esta tierra se distinguen por su capacidad de entrega sin límites. Llevan en sus entrañas la imperiosa necesidad de convivir con las alegrías y los dolores de sus semejantes.

No requieren de acontecimientos extraordinarios que conmuevan, ni de organizaciones que demanden una actitud de amor. Son conscientes de que un saludo de buenos días, puede despertar al compañero de trabajo de su pesadilla de egoísmo; que unas gracias, una viva preocupación por el problema ajeno que supere la mera cortesía, pueden ser instrumentos para romper una indiferencia. Tienen el convencimiento de que no serán nunca actitudes grandilocuentes pero aisladas, las que solucionen los problemas de soledad, de convivencia, de amor entre los hombres.

Esas pequeñas conductas, esas actitudes son frutos del amor de Sevilla a la Virgen y de su proclamación como modelo de entrega a la voluntad del Creador sin condiciones, ni estridencias. En su sencillez encontramos su grandeza y no dudamos en proclamarla, el orgullo de nuestra raza, vía celestial para encontrarnos con Dios-Amor.

Por eso Sevilla comprendió perfectamente las palabras que Juan Pablo I, ese Papa carismático y de misterioso pontificado, pronunció una mañana casi otoñal, desde el balcón de la plaza de San Pedro: «Dios es también Madre».

Rostro Materno de Dios que nos describe Isaías cuando dice: «¿Acaso olvida una madre a su hijo de pecho, sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvide, Yo, Yahvé, no te olvidaré».

María, expresión singular de aquella feminidad trascendente que la tradición bíblica atribuye a Dios, se convirtió para esta tierra en el reflejo del Rostro Materno de Dios.

Al pie de la Cruz no olvida al Hijo de sus entrañas y desde entonces sigue sin abandonar a sus nuevos y eternos hijos de esta tierra, aunque tantas veces le hagamos padecer la Soledad amarga de los viernes de nuestras vidas, cuando huimos de nuestra responsabilidad, dejando nuestra cruz vacía. En su Soledad siempre espera nuestra vuelta, superando incluso el amor natural de una madre porque en su corazón guarda todo el Amor maternal de Dios.



Por eso, Soberana de Sevilla, Virgen Reina de todos los reyes y súbditos de esta tierra, yo te saludo con tu Dulce Nombre, sublimado por Sevilla, al colocar tu simpar belleza en el más bello jardín de la gracia y la armonía que es tu paso de palio.

Bendita, Madre de Dios, que en manto rojo de amor dorado me has acogido a pesar de mis continuas negaciones de fe.

Gracia y Amparo de mi alma; Gracia, para mi sueño eterno de pureza y Esperanza de mis penas, porque aprendí en Alcalá a subir al Calvario con el Divino Nazareno; Expectativa de hechizo de luna trianera, morena alfarera de ilusiones nuevas para soportar el peso de mi cruz: Esperanza Trinitaria, cercana Auxiliadora en el mar tempestuoso de mi formación, hálito refrescante de bambalina que trae el aroma de la cercana Resurrección.

Refugio cálido para el hombre, a quien el progreso desahucia de sus orígenes, y al que alumbras con esos ojos grandes que desprenden rayos limpios de sol, bañados de cal nueva. Tú haces brillar esos huecos vacíos de los clavos de la cruz de Tu Hijo, para que coloquemos siempre en ellos la Salud del alma y así nunca triunfe la sinrazón sobre la fraternidad. Tú siempre estarás al quite con tu capote maternal para protegernos de la mortal cornada en la última faena de la vida.

Tú eres Patrocinio, embaucadora y eterna Señorita que guardas en tu corazón el renacer de mis propias cenizas; Rocío que avivas la flor de la fe cuando muere por la contaminación del mundo, porque era lirio peregrino; Aguas, perfumadas de azahar con las que lavaste mi corazón para entregárselo a la compañera de mi vida.

Tú. Montserrat, con tus misteriosos ojos negros, avivados por un colmado lagrimar, me cautivas para subir al monte donde me espera la Conversión.

Guadalupe, rosa frágil de otros lares, blanca paloma que en tu vuelo. en calle Dos de Mayo has hecho el nido, capricho del pregonero:

*Qué manos de niño habrán podido
esculpir en Tu cara mis anhelos.
Eres, Guadalupe. mi gran consuelo,
el bello sueño de amor prendido.*

*Siento ansias locas de buscarte
y al tenerte delante, Virgen Mía,
hasta olvida el dolor que traía
mi alma, de tanto y tanto amarte.*



SU DOLOR, PAÑUELO DE NUESTRAS LÁGRIMAS

Los hijos de esta tierra, los cofrades de esta tierra viven en un continuo año mariano. porque Ella eleva al Padre Misericordioso, los llantos amargos de los que padecen hambre en su cuerpo y en sus almas. el abandono en el lecho del dolor, la soledad de la vejez, la tragedia del desamor.

Escucha nuestras súplicas, aunque su Dolor no tenga comparación con el nuestro y hasta se alegra con la devota fundición de una vela y sonrío cuando la están vistiendo de Reina o le colocan en sus manos el pañuelo que no secará sus lágrimas. sino las nuestras.

Por eso Madre, cómo no voy a vivir rendido a tus plantas, si en mis noches oscuras, eres Estrella a quien ni el dolor apaga el fulgor de tu belleza y me tiendes esas manos inigualables que me guían por el camino para no ser mayor causa de las Penas de Tu Hijo.

Cuando he utilizado mal mi libertad y he podido azotar el cuerpo de la Iglesia, no he oído jamás de Ti la voz de reprimenda y has convertido mis culpas, no en motivo de una humillante derrota, sino que en tu Rostro encontré el acicate para una próxima, bella, majestuosa y placentera Victoria.

Tú, celestial Señora, nunca dudas en bajar de tu altar cada Viernes de Dolores para hacernos comprender la torpeza que cometemos cuando renunciamos a acogernos a los méritos de que tu Hijo aceptara una burlesca Coronación y la Cruz de nuestra salvación.

Por ti, Señora del Valle, porque tu cara serena está de pena henchida, mi alma cristiana se esmera por aliviar todo el dolor que acumulas y secar para siempre tus lágrimas quisiera, disimulando al aire alegre la angustia de la Pasión. Deseo hoy que suene el llamador para que a golpe de corazón y al son de la música que suena, seas Valle consolada, mientras subes a los cielos porque te mece Sevilla.

Y es que, ni tu inhumano dolor puede borrar de mi alma tu imagen maternal y quisiera ser San Juan para poder hablarte sin decirte nada, pero con vehemente deseo de cambiar tu llanto por risa.



*Si eres la pura azucena,
perla de fina hermosura,
¿cómo te llamo Amargura
si ahogas todas mis penas?*

*Palio de Reina y Señora,
que eres primor de primores,
y, hasta marchita las flores,
la belleza que atesoras.*

*Entregas apacible calma
con tu mirada amorosa,
y suspirando anhelosa,
el dolor no llega al alma.*

*Si eres cuna de dulzura
Y fuente de mi alegría,
¡Contéstame, Madre mía,
por qué te llamo Amargura!*



SU ESPERANZA LUZ Y CAUSA DE NUESTRA ALEGRÍA

Cuando alguien de otras latitudes que vive atormentado, conoce la luz y la alegría de esta tierra, las añorará eternamente.

Si se pregunta por su origen sólo tendrá una respuesta: Sevilla está inundada por sus cuatro costados por la virtud de la esperanza y se agarra a ella como roca de salvación en el mar tempestuoso de sus angustias.

Pasará momentos de decaimientos, pero no será presa fácil de la desoladora oscuridad que producen en las almas las graves injusticias, las sentencias ignominiosas. Ante ellas, siempre reaccionará con la gallardía, no de Centuria romana, sino de la Macarena, siguiendo y cuando honores al único Señor de cielos y tierra que, aunque los poderes fácticos del mundo lo Sentencien a muerte cada día, a Sevilla le trae su verdadera Esperanza.

Aunque Sevilla te vea llorar en sus oscuras madrugadas, siempre irá a tu encuentro en calle Cuna, Madre mía, porque Tú le das su amanecida, el tierno calor del primer rayo de sol de su mañana. Entonces ya no verá lágrimas en tu semblante, sino esa sonrisa afable que la inunda de Esperanza.

Tú siempre sacarás de las tinieblas a tus hijos. Tú siempre serás, Macarena, la luz de Sevilla.

*Hoy que sin dicha ni consuelo
la inquieta humanidad se afana,
día tras día en descorrer el velo
que separa el presente del mañana.*

*Y en esa lucha cruenta no reposa
en pos del placer que sonó su mente
y un vano mañana busca ansiosa,
sin saber quién es, qué quiere, qué siente...*

*Feliz Sevilla que en su frente
tu Esperanza alegre y seductora
dejaste, Macarena. Tiernamente*



para hechizo de la eterna aurora.

*No le importa el antojo de tu palio
ni el bordado de tu rico manto,
si es Tu Rostro sereno, bello adagio,
el pañuelo de seda de su llanto.*

*Es tu paso atrayente, luz de plata,
pero es bueno que el mundo conociera.
que aunque fuera de falsa hojalata,
a Tí, igual que te quiere, te quisiera.*

*Pues nuestros ojos quedaron sumidos
en fulgor de mirada abrasadora,
y los labios impuros humedecidos
del frescor de tu cara aduladora.*

*A quien desee vivir en la alegría,
Sevilla le dice a boca llena,
que tan sólo la obtendrá si se confía
a tu luz, Esperanza, Macarena.*

Quizás por ello, el recientemente desaparecido «Trovador de Sevilla», con el gracejo de alma inundada por una fe sencilla pero honda, que siempre esperó, sentado a la puerta de su casa el definitivo Martes Santo, en que Cristo se lo llevara para ser lirio rendido al pie de su Buena Muerte, cantó:

*Quitar las Esperanzas
quieren en Roma
siendo Ella en Sevilla
Reina y Señora.
¡Vaya una gracia
quitarle a Sevilla
sus Esperanzas!*

El pregonero también vivió esa etapa de la vida en la que la duda te envuelve. Son esos momentos en los que no hay ciencia capaz de darte respuesta y la razón no es suficiente para bañar tu alma de alegría.

Jamás podré olvidar que una voz surgió de la otra orilla de mi vida y me



dijo: «Ven, cruza el puente que quiero mostrarte mi Esperanza».

Y allí en Triana, conocí a unas gentes buenas, en el más sencillo sentido de la expresión. Tienen una fe en sus almas que guarda la pureza de una ciega confianza en Cristo al que le piden cantando una y mil veces. cuando sus ánimos están postrados por los sucios, que les libre del poder de la tierra para un día gozar el reino por El prometido.

Me enseñaron a mirarte y ese fue mi gran consuelo. Desde entonces. Nunca más te veré caído en tierra, ni pensaré que un romano te manda que te le levante y que andes, sino que te muestra a esos hijos que buscan tu sonrisa amorosa cuando perdonas sus faltas. Por eso hoy yo proclamo:

*Que Tu imagen soberana
no está postrada en los suelos.
que se asoma desde el cielo.
para buscar a Triana.*

Esa confianza es el manantial del que brota la alegría de sus almas que les hace afrontar la vida con una filosofía distinta y que bien describe el cante por soleá:

*Mira si soy trianero
que hasta en la calle de la Sierpes
yo me siento forastero.*

No sólo hablo de los trianeros que van a Sevilla el viernes de madrugada y a los que tanto les molestan los gritos de falsos voceros. Ni tan siquiera de esos que llenan la casa de la Señora Santa Ana, los días de Septenario y Función Principal de Instituto. haciendo interminables las colas para hacer pública protesta de su fe y recibir el alimento para sus almas. Me estoy refiriendo a los hijos de Triana, vivan donde vivan, que cada día del año, cuando les ahoga el dolor y la pena, buscan el refugio de su capilla marinera y se acercan para decirle a su Virgen: ¡Madre mía, Morena de mi alma que ya no puedo más! ¡Bendita seas Triana, que con esa simple oración te vas llena de Esperanza!

*Aires nuevos de bonanza
Triana alegre suspira
que al agua del río tira
tristeza y desesperanza.*



*Ciego de tantos primores
prendido de tu alegría
la vida me pasaría
soñando con tus amores.*

*Quién no olvida sus agravios.
sus pesares, sus enojos,
cuando te mira los ojos
y ve moverse tus labios*

*Tan vivos son sus destellos.
Tanto me gustan tus besos
que a Sevilla yo confieso
que corro loco tras ellos.*

*Todo mi ser se desgrana
en piropos "pa" tus penas
que eres tan guapa y morena
cómo le reza Triana.*

*Si tu eres Capitana.
soldado yo quiero ser
que esa carita gitana
es bandera de mi fe
y Esperanza de Triana.*

Si la Esperanza es luz para el alma de Sevilla en la Macarena y causa de su alegría en Triana.

*¿Por qué Dios mío, por qué?
Son las paredes y casas
inquebrantables murallas
que impiden que las vea
el Viernes de Madrugada.*

*Si Sevilla lo desea
y Triana lo demanda,
no haces que yo las vea
mirándose cara a cara.*



*¿Por qué Dios mío, por qué?
No es posible esta ilusión
que un Viernes de Madrugada,
cuando suene el llamador
de Macarena y Triana,
hasta se pare el reloj,
desaparezcan las casas
y pulso de corazón
en cortitas chicotadas,
frente a frente estén las dos
a los pies de mi Giralda.*



OFRENDA DE UNA VIDA PREGONERA

Y el reloj, juez inexorable de nuestra existencia, está marcando la necesidad de poner fin al Pregón.

Me vais a permitir que no reprima los impulsos del corazón que late en estos momentos con el ritmo acelerado que provoca mi amor filial, y me traslade al desaparecido Teatro San Fernando.

Treinta y uno de marzo de 1963. Era una mañana fuerte y pujante de luz. Eran estas mismas horas. El pregonero cansado en su caminar, pero con el alma llena de la satisfacción del deber cumplido, ponía, a los pies del Cristo de los Estudiantes, la ofrenda de un mundo mejor; el calor de nuestro entusiasmo, belleza, gracia y tradición; devoción imaginera y ansias de apostolado; espíritu, alma de Sevilla y vivencia de nuestra Iglesia con inquietudes y afanes de recristianizar todas las estructuras de la Ciudad, con nuevos aires que surgían del Concilio Vaticano que Roma celebraba.

Y esa ofrenda la ha ido renovando cada día de su existencia, permaneciendo fresca en su alma y consiguiendo que germinara en el corazón de sus hijos y de todo aquel que le ha ido conociendo en el transcurso de su existir.

Quisiera, relevarte de tu perenne guardia de nuestra fe y tradiciones y compartir desde hoy esa defensa de nuestras Hermandades y Cofradías como realidad incuestionable de la diócesis Hispalense. Déjame Padre que ahora, verdaderamente a hora, yo acabe no mi Pregón, sino el tuyo; que vayamos contigo, tu mujer, tus hijos, tus nietos, toda la Sevilla cofrade que tanto te quiere y te admira, para oírte decir, como entonces, reverente y emocionado, postrado a sus pies: «Cristo de la Buena Muerte, aquí está tu Pregonero. Cumplido, Señor, salvo que mandes otra cosa, el servicio».

He dicho.



